ULTIMO VUELO

Bob Thorpe vió su propio cadáver, pero ni aún eso pudo guitarle su buen humor.

Bob Thorpe se instaló ante los mandos del enorme avión de pasajeros que, dos veces por semana, debia conducir desde Nueva York a Omaha. Era un viajecito encantador, sobre todo si se tiene en cuenta que en la última de las dos ciudades vivía Peggy. Y Peggy era una co-sa digna de admirarse.

El piloto ayudante fué a sentarse a su lado, moviendo las mandíbulas como un rumiante. En verdad que resultaba enervante esa costumbre suya de mascar goma. Pero, ¿qué se le iba a hacer? No podía matarlo; las leyes no consideraban una circunstancia atenuante el hecho de que la víctima estuviera mascando constantemente goma.

Los pasajeros fueron instalándose con la lentitud acostumbrada, atendidos por Mabel, la rubia camarera. Por fin estuvo todo listo para emprender el vuelo.

Thorpe puso los motores en marcha, aguardó la señal correspondiente y se elevó con toda maestría. Por algo estaba considerado el mejor piloto de la línea.

Una vez adquirida la altura necesaria, buscó cuidadosamente la onda de dirección y se alejó con rumbo a Omaha, bajo un cielo resplandeciente. El viaje prometía ser de los mejores.

Satisfecho, Bob Thorpe se recostó en

su asiento, sumiéndose en alegres pensamientos, sin mirar una sola vez a la máquina de mascar goma que llevaba a su lado.

Esa noche veria a Peggy, irían a bailar a algún club nocturno, tomarían unos cócteles, y luego la acompañaria a su casita... ¿Qué vestido se pondría ella? ¿Seguiría usando el mismo peinado que dos días antes? Y ¿había conseguido al fin un lápiz de labios que se fijara un poco mejor? Porque eso de estar restregándose la cara durante media hora con un pañuelo para borrar las señales de sus besos, era cosa de que no le causaba maldita gracia al muchacho.

Gilles, la máquina de mascar goma, estaba captando un mensaje.

-Tenemos tormenta al frente, Bobinformó.

—Bueno—contestó éste sin dejar de pensar en Peggy.

Media hora después la tormenta se les echaba encima.

Bob había escuchado la noticia con entera despreocupación, pero cuando vió el avión zarandeado como una hoja de aquí para allá, se puso serio. Muchas tempestades había logrado evitar, pero aquella era de las mejorcitas.

Elevó el aparato procurando salir de

